DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

El evangelio de este domingo, nos ilumina sobre el gran equilibrio que existe entre la vida venidera y el tiempo presente. Por una parte, no debemos olvidar que un día hemos de presentarnos ante Dios y que este mundo es fugaz y transitorio. Por otra parte se nos indica la relevancia, de cara a la eternidad, de todo lo que hacemos en esta vida.

Hay una tentación muy extendida que es la de pensar que con lo poco que somos no vale la pena hacer nada porque nuestra acción va a tener consecuencias muy limitadas. Esta actitud viene ilustrada por el servidor que recibió un solo talento.

La parábola, por el contrario, muestra que la diversidad de dones sirve a un solo Señor, que es Dios. Por tanto la razón primera de nuestras acciones no es el efecto que nosotros podamos experimentar, sino cumplir la voluntad de Dios. La excusa que da el trabajador ocioso es su misma condena, porque reconoce, en definitiva, que no ha cumplido la voluntad de su Señor. Conociendo lo que quería de él no lo ha realizado.

Si leemos la parábola desde la carta de san Pablo, podemos aplicar el evangelio de forma especial a los cristianos. Dice: «sois hijos de la luz e hijos del día» y, por tanto, «no durmamos como los demás, sino estemos vigilantes y vivamos sobriamente». Dios otorga dones naturales y sobrenaturales.

Si nos fijáramos sólo en los dones naturales, pensaríamos en la obligación que tiene toda persona de trabajar y contribuir al bien de la sociedad y del mundo en general.

Si consideramos los dones sobrenaturales, caemos en la cuenta de la especial responsabilidad que recae sobre los cristianos. De hecho, somos nosotros, conocedores de la verdad revelada en Jesucristo, a quien Dios ha dado su Espíritu, su gracia, su fuerza, su luz.

Un catedrático de historia francés, que se declaraba ateo, le decía a su amigo católico: “vosotros decís que sois la sal de la tierra y la luz del mundo. Si yo no veo esa sal ni esa luz en el mundo, ¿a quién le tengo que echar la culpa?”.

Si nuestros actos buenos, por el don de la gracia y uniéndolos al sacrificio de la Eucaristía, alcanzan un valor infinito y tienen resonancias eternas, no cabe duda de que hemos de aprovechar todo lo posible para dar culto a Dios, con el corazón y con la vida. Estamos en la tierra como servidores de Dios. Y de una forma especial los cristianos. Donde existe el don se da también la responsabilidad. Y el don que se te dará ahora en la Eucaristía es Dios mismo.

La Providencia divina ha hecho de María una especial colaboradora en la obra de la salvación. Esa misma Providencia divina también nos invita a nosotros. De mi actitud depende no sólo mi salvación personal sino que, incorporado a la Iglesia y miembro vivo de ella, soy instrumento de Dios para la salvación de los demás.